



Verano 1993: el ejercicio íntimo de revivir la infancia

(Una película de Carla Simón, 2017)

Con frecuencia solo los cineastas consagrados tienen el privilegio de investigar en sus películas su propio mundo interior, de mostrar en imágenes la intimidad, los paraísos dormidos, ese universo personal que cada cual descubre anidando en las neuronas cuando trata de encontrar sus señas de identidad, y que siempre nos remonta a la infancia. Cuando el ejercicio nace de una joven cineasta, antes desconocida, con toda una vida por delante para adquirir madurez, observo en algunos un cierto recelo, un extraño desconcierto al visionar un film que previamente ha pasado y triunfado por todo lo alto en festivales (Berlín y Málaga) y que tras tan pública expectativa, secundada por la crítica, se somete al crucial enfrentamiento con el público que *paga la butaca* en las salas; y la película resulta no ya pequeña (todo lo contrario, es inmensa) ni vacía (todo lo contrario, es plena en sus transparencias) sino aparentemente insignificante, porque rehúye las argucias del cine convencional y porque proyecta una mirada lúcida en el desatendido mundo de la infancia. Es valiente y generosa Carla Simón al dejarnos entrar en su intimidad para conmovernos con esa historia tan cristalina y sin ambages que encierra un mundo de cosas pequeñas pero esenciales, tantas veces menospreciadas desde la adultez como “*cosas de niños*”, infravaloradas porque no todos aprecian la enorme trascendencia que para cada ser humano tiene la infancia propia. Esta vez ese doble ejercicio personal y cinematográfico resulta conmovedor.

El corazón de la memoria.

Para ese gran público que se queja de ese cine donde “no pasa nada”, porque no ven puñetazos, tiros, peleas, atracos, homicidios y miserias humanas en su obviedad, quizás esta película no

interese demasiado; y es una pena, porque la película muestra con plenitud un gran conflicto humano, eso sí, desde una mirada sutil, vulnerable, cándida pero extraordinariamente inteligente. Una forma de analizar con emotiva

sencillez y belleza mediante la simple mirada de una niña de seis años, incapaz de asimilar en su mundo ingenuo un hecho tan atroz como la soledad y el desamparo. Es valiente – decía antes- Carla Simón, porque ha elegido para su puesta de largo como cineasta un vestido *pret a porter*, en lugar de joyas y traje de marca, porque desprecia la confrontación como espectáculo, el drama sensacional, la intriga, el gag, el equívoco, el enredo, en fin, todas esas cosas de las que tantas veces hablamos cuando impartimos una mala clase de guion; para indagar su tragedia y mostrarla a través de una mirada desnuda, lúcida, revestida de la imprescindible ingenuidad pero tremenda y suspicaz en sus detalles



Laia Artigas posee esa mirada inteligente y a la vez cándida, fría y calculadora, y esos registros intermedios, espontáneos y naturales reservados solo a los grandes actores. Inevitable el recuerdo de Ana Torrent.

Sin duda el tamaño de los dramas es proporcional a la madurez del ser humano para afrontarlos. Es por eso que no hay dramas de la edad adulta comparables a los traumas de la infancia, y no puede haber drama mayor que ver como todo tu mundo se derrumba y te deja sin lugar en ese universo que para todo niño es su hogar, sus referentes imprescindibles: un padre y una madre, una casa. Si a una niña de seis años le quitas de golpe y porrazo todo eso, el golpe debe ser atroz y ni siquiera existe una forma humana de verbalizarlo desde la mente

infantil, sin capacidad para estructurar el mundo emocional, para entender las cosas que nadie acierta a explicar convenientemente. Entiendo que no hay demasiados elementos que analizar en la construcción de un film de simplicidad tan descomunal, pero me parece reseñable la capacidad de la joven cineasta para recrear una realidad que seguramente rinde tributo de fidelidad a la propia memoria, sin concesiones ni trampas de guion.



Atmósfera, geografía, familia

Verano de 1993 ofrece un mosaico de seres humanos entrañables, en ese esfuerzo de recomponer un mundo roto, de ofrecer un salvavidas con personas de carne y hueso, cariño, besos, juegos, protección..., todo lo que necesita una pequeña arrastrada en un naufragio emocional para ella incomprensible. El mayor mérito de Carla Simón es, sin embargo, evitar el sentimentalismo, dejar que los sentimientos afloren o no, confiándolo todo a la sensibilidad del espectador.



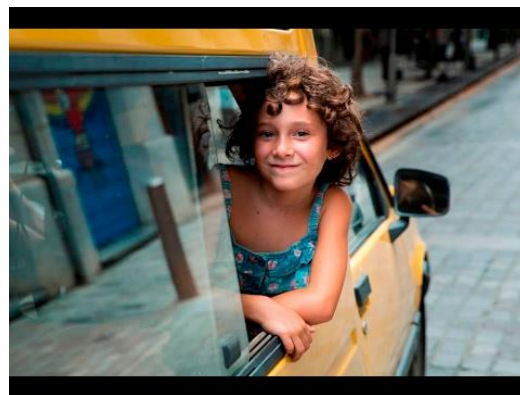
El paisaje de la masía gerundense, los muchos rasgos de la geografía humana catalana, esa atmósfera veraniega y vacacional contribuyen a crear el microcosmos en el que Frida vive un paréntesis en su vida al que le falta el cierre, ese es el drama. Para cualquier niño (miraros dentro) los veranos eran esas estaciones eternas, lapsus en el tiempo, que tenían algo de mágico, donde la vida parecía remansarse en la felicidad de un baño en el río, de corretear por el campo, subir a los árboles o practicar la tarea apasionante de atrapar vivo un saltamontes o una rana... Quizá uno tiene que evocar estos recuerdos para trasladarse y reconstruir en la imaginación el contra-campo del mundo donde se ubica Frida, un abismo donde abundan las sensaciones y las imágenes, y donde casi se nos pierden las palabras, por tanto, un mundo difícil de verbalizar pero accesible en las imágenes si se restituyen las atmósferas, las emociones, los impulsos, los objetos, los fetiches... y todos esos minúsculos nidos que nuestra memoria esconde, en los que la cineasta escarba.



Es por tanto una película de actores, porque sus protagonistas no están elaborados como personajes al uso, no son figuras de la ficción, son seres humanos en toda la dimensión de la palabra y este es el principal valor del trabajo interpretativo de David Verdaguer y Bruna Cusí, y el resto del reparto, que parece extraído no de un casting, sino de un retrato de familia, del álbum de una familia cualquiera.

Creo que esta película es deliberadamente pulcra en mostrar con frialdad los sentimientos –sin acentos sentimentalistas- lo cual ahonda en los resortes del espectador para escudriñar las emociones propias. La película se va desgranando poco a poco, te va atrapando en la medida que se van desvelando sutilmente los elementos del drama, o en el momento crucial de mostrar implícitamente el misterio oculto de una víctima del sida, intuimos, que deja en la vida un ser indefenso... amenazado...

La película me ha enfrentado con mi propio, imperdonable, desconocimiento de los anticuerpos del VIH, me ha incitado a reparar esta laguna y corroborar lo que nunca está lo suficientemente claro. Pero, ¡que tranquilidad!, lo que significa que no necesariamente los hijos de enfermos del sida hereden el temido virus.



En ese viaje que es siempre la vida, algunas personas se ven obligadas a madurar demasiado pronto... algo que nos hace más fuertes, dice la directora del film, que esta basado en su propia experiencia vital.

Gracias Carla Simón por esta película, que cuando uno ya tiene cierta edad, se percibe desde los recónditos abismos de la memoria.

Federico García Serrano